

La transición como traición: Rafael Chirbes y la coherencia crítica de un testigo

Álvaro DÍAZ VENTAS
Universidad Autónoma de Madrid
Orcid: oooo-0002-3546-8426

Resumen: Este artículo aborda los pilares que sustentan la impugnación de la transición española que Rafael Chirbes llevó a cabo a lo largo de su trayectoria literaria. El objetivo es indagar en las diferentes aristas que adquiere en su escritura la caracterización de ese proceso como una «larga traición» que el autor inserta, además, en la tradición histórica nacional y señala desde su gestación de manera sincrónica. Llevada a cabo por una parte de la «generación bifida» del sesentayochavo, desde su lectura, la transición supone una traición hacia diversos sectores sociales que van desde los derrotados de esa misma promoción hasta la generación anterior, la clase obrera o el exilio republicano.

Palabras clave: Transición española, traición, Rafael Chirbes, generación del 68, Segunda Restauración

Abstract: This paper intends to examine the ideas behind the rebuttal of the Spanish transition to democracy carried out by Rafael Chirbes throughout his literary career. The aim is to tackle the different aspects that the characterization of this process as a long betrayal acquires in his writing; a betrayal which the author also inserted in the national historical tradition and pointed out critically from its development. In Chirbes' historical interpretation, the transition to democracy, exerted by a part of his generation, was a betrayal to various sectors, ranging from the defeated of the same generation to the members of the previous one, the working class or the republican exile.

Keywords: Spanish transition to democracy, treachery, Rafael Chirbes, Generation of 68, Second Restoration

El proyecto literario de Rafael Chirbes se construye, siguiendo las directrices teóricas de su admirado Walter Benjamin, desde la voluntad de pasarle a la historia española reciente «el cepillo a contrapelo» (2018: 311). En este sentido, en su escritura destaca como tema central la denuncia y la desarticulación crítica de los postulados oficiales del proceso histórico que nuestro autor definió como «esa larga traición llamada transición» (2002: 119).

La censura chirbesca del sistema político y social que nace de la transición democrática supone un contrapunto del triunfal relato que sobre el periodo se impuso desde la narración oficial, basado en pilares como la reconciliación, la reforma pactada, el consenso social o el pacto del olvido. Además de eliminar la elevada conflictividad del periodo, del relato de esa «exitsa transición» desaparecen, sin embargo, actores políticos y sociales

que «desempeñaron un papel determinante en el proceso» y son relegados a los márgenes (Molinero & Ysàs 2018: 7).

En su ensayo «De qué memoria hablamos», valiéndose del concepto de Paolo Virno (2003), Chirbes aborda aquel relato que se impone sobre el supuestamente triunfal proceso histórico que, no obstante, deja fuera de sus márgenes, excluida, a una *multitud* a la que intenta dar voz su proyecto narrativo, compuesta por aquellos que «hicieron la historia real [pero] no acabaron siendo los protagonistas de la historia oficial» (2010: 244):

El mensaje del nuevo canon –por su unicidad– se acercaba, pese a los rituales democráticos que lo legitimaban periódicamente, al modelo anterior de «narración única». El acuerdo de los partidos del poder hacía difícil y conflictivo a medio plazo el control de una «*multitud*» que, incapaz de acceder a los nuevos valores de triunfo y dinero, tenía que conformarse con el de modernidad, y a la que le costaba vestirse con la tranquilizante máscara de «*pueblo*» constitucional (2010: 244).

Desde la interpretación chirbesca, esta *multitud* expulsada fuera de los límites de la narración oficial es, en sus diversas capas o estratos, la principal víctima de una traición que nuestro novelista no dejó de abordar en sus escritos y que toma, en su proyecto literario, diversas formas. A lo largo de este trabajo, nos proponemos abordar distintas aristas de dicha traición que realizó una parte de la promoción del novelista, con la que ajusta cuentas en su escritura y que desde su óptica es la gran responsable del devenir histórico nacional.

La traición de la transición y la «generación bífida» del sesentayocho

Siguiendo a Haro Tecglen, Chirbes interpretó su propia promoción como una «generación bífida», escindida a partir de la transición democrática. Tras la muerte de su hijo a causa del SIDA en agosto de 1988, el periodista definió los destinos contrapuestos de la generación sesentayochista a la que pertenecían tanto el fallecido poeta Haro Ibars como nuestro novelista:

La punta de la generación de quienes están por los 40 años –algo más, algo menos– se bifurca. Unos llegan al poder, otros a la muerte. Estuvieron juntos en una izquierda alegre, abierta, que se unía en las calles, en el vino, en ciertos conceptos generales de la libertad. [...] La diferencia entre unos y otros es demasiado grande [...] y se ha producido en tan poco tiempo que constituye un fenómeno rápido y singular. Se ha formado la raza favorecida de los adaptados [...] ocupan los vigorosos puestos delegados del poder. Los otros vagan (1988).

Tras leer esta columna en la que se cifraba la condición bífida de su promoción, Chirbes observó el que habría de ser uno de los núcleos centrales de su obra cristalizado en dicha oposición: «Reconoció [...] una verdad política y poética, un lugar desde el que contar lo que le estaba pasando a una parte de los que eran como él» (Labrador Méndez 2017: 160). En su ensayística, el propio Chirbes expone su deuda con la iluminadora imagen bífida que se convierte en clave de lectura central de su proyecto:

Lo de más arriba y lo de más abajo se había cocido en una misma olla. Pero ese fenómeno que tan evidente nos parecía a algunos no formaba parte de la narración de aquel tiempo; [...] lo más evidente, lo que estaba a la vista, se volvía invisible: ni se enunciaba ni existía, [...] cuando a mí me parecía que formaba la médula misma de las contradicciones de la nueva sociedad en construcción. Indagar en ese núcleo me parecía indispensable [...] (2010: 31-32).

A partir de este diagnóstico, la literatura de Chirbes se propone abordar las consecuencias de esa fractura en el seno de su generación, motivo crucial para explicar las dobleces tras los cambios producidos en aquel contexto histórico y, por ende, de la sociedad democrática. Las novelas de Chirbes reiteran la dolorosa división de grupos de *viejos amigos* antifranquistas y narran sus destinos vitales contrapuestos en el posfranquismo: por un lado, aquella *raza favorecida de los adaptados* cínicamente al nuevo sistema de la que hablaba Haro Tecglen, que no dudan en dejar de lado sus ideales políticos para terminar accediendo a posiciones de poder, y defender las transformaciones neoliberales y el tránsito hacia la sociedad de consumo; por otro, los excluidos: aquellos derrotados que terminan marginados y condenados al olvido, sintomáticamente alcoholizados o quemados «a golpe de jeringuilla» (Chirbes 2022: 407); huyendo del desencanto hacia idealizados paraísos orientales en los que, como el narrador de *Mimoun*, tampoco encuentran salvación; o bien falleciendo de forma prematura por causas ligadas directa o indirectamente con aquel desengaño.

La consecuencia primera de la traición de la transición es, por tanto, clara: Chirbes interpreta el proceso como una deslealtad a las propias identidades pasadas de buena parte de los protagonistas del periodo y, a la vez, como un acto traidor hacia sus propios compañeros de generación. Para denunciar esta doblez intrageneracional, en su novelística se opone a la visión mítica de la pacífica transición española (Baby 2018) y hace explícita la violencia simbólica tras la traición de los vencedores bífidos hacia sus contemporáneos.

Ubicada en el contexto de los ochenta en el que «los buitres madrileños de nueva generación» (2021: 200) pugnan por hacerse con posiciones de poder en contacto con la nueva élite socialista, la trama de *En la lucha final* —

la novela *expósita* que Chirbes consideró como «fallida»¹ y se negó a reeditar (2021: 207)— se articula en torno a un asesinato que adquiere tintes alegóricos. La violencia explícita de ese crimen termina reflejando, en palabras del autor, la brutalidad «latente en esta sociedad apacible que asume la violencia del ascenso» (en Nichols 2008: 231). Así lo refleja Brines en la obra al abordar la violencia implícita en los intentos de ascenso social de los antiguos antifranquistas: «En esta época [...] una clase social sólo puede entrar en otra a punta de navaja. La muerte de Carlos es también un signo. No hay relaciones inocentes fuera del círculo de cada cual» (1991: 177).

Este va a ser, por tanto, uno de los ejes centrales del proyecto chirbesco: la voluntad de iluminar esa zona de sombra y subrayar las consecuencias que la traición de los vencedores bífidos tiene en los derrotados de su promoción, con los que el propio Chirbes se identificaba, pues debemos recordar que, como apunta Gregorio Morán (2015), la dialéctica bífida encuentra resonancias en su experiencia vital. El rencor propiciado por la traición que llevan a cabo individuos de su generación supone un importante motor narrativo para Chirbes, y puede rastrearse también en sus diarios, donde, en varios momentos, quedan patentes las terribles consecuencias de esa violencia implícita hacia la facción sesentayochista derrotada. Así lo expone, por ejemplo, a colación del repentino suicidio de un compañero de promoción, en un fragmento en el que se desarticula la visión pacífica de la transición, a la que contrapone las trayectorias derrotadas de tantos coetáneos:

Lo siento como una víctima más de la revolución que no llegó. En el país abundan las biografías paralelas a las de ese hombre. Decimos que la Transición se hizo felizmente sin violencia, pero lo cierto es que se llevó por delante a muchos de los más generosos, de los más inteligentes de mi generación, y de las inmediatamente anterior y posterior: alcohol, heroína. Gente que dejó caer los brazos. Se rindió. No fue capaz de aceptar lo que llegaba, las carreras de los oportunistas en busca de acomodo, las traiciones, los abandonos. Esos fuertes frágiles. [...] A tipos así han ido dedicados mis libros (2022: 265).

Unas páginas después, vuelve a referirse a esa masa de fallecidos y derrotados sesentayochistas a la que se dedica su proyecto narrativo, desde el rencor y la aflicción que vehiculan y vertebran toda su obra:

¹ Para profundizar en las razones que pudieron llevar a tomar la decisión de no reeditar *En la lucha final*, remito al estudio que Llamas Martínez realizó al respecto, donde defiende que «el abigarramiento temático y estructural, la endeblez de los personajes, [...] y la verbosidad excesiva de bastantes pasajes» podrían explicar el descontento del autor hacia su segunda novela (2021: 311).

Has visto pasar a tu lado a tanta gente de esa generación que quería cambiar el mundo, estrellas fugaces cargadas de sueños, ideas forjadas tras horas de trabajo y estudios, actividad frenética derrochada sin pensar en sí mismos. Algunos fueron esnobs, o tontilocos, pero la mayor parte eran generosos, inteligentes, las mejores cabezas que dio aquella España de Franco a su pesar. Una oscura pena te invade cuando piensas en ellos. ¿Toda esa energía se ha desvanecido?, ¿se ha derrochado para nada? Tristes muertos inútiles, desesperados, cocidos de uno en uno (2022: 279).

Si bien el relato oficial que imponen los vencedores sesentayochistas elimina la violencia implícita de su traidor ascenso, así como sus nefastas consecuencias en sus compañeros de promoción, construye, al mismo tiempo, una dialéctica triunfalista con el proceso transicional y el papel que la generación jugó en él. En su lectura de la transición, Chirbes revela, además, cómo la fractura bífida se explica habitualmente a partir del origen de clase, pues, salvo excepciones de personajes de origen humilde que consiguen ascender traicionando su pasado ideológico y familiar, «la verdadera línea que separa a los que ganan y a quienes pierden en su quinta no era sólo una línea moral. Era, además, una línea de clase» (Labrador Méndez 2017: III). Desde su interpretación histórica, para Chirbes la mayor parte de la facción vencedora sesentayochista tiene un origen común en las clases altas de la dictadura, y su experiencia en la militancia antifranquista fue solamente un fenómeno de iniciación que perseguía su posterior legitimación: «Los hijos de la burguesía [...] se pusieron al frente de los movimientos estudiantiles, de partidos comunistas y de extrema izquierda, e incluso de movimientos obreros, para investirse de la legitimidad que estaba naciendo» (2010: 239).

Aquel proceso aparece de manera recurrente en su novelística como una breve etapa juvenil que los traidores pronto dejan atrás para adaptarse a los nuevos tiempos de supuesta aconflictividad social. Una vez que se acomodan en posiciones de poder y, por ende, tienen la posibilidad de controlar el relato dominante, la cara victoriosa de la promoción sesentayochista impone una visión idealizada de aquellos años de militancia y antifranquismo, que, desde la óptica chirbesca, supone «el soporte de su narración, de su epopeya» formativa (2010: 240). En *La larga marcha*, por ejemplo, el narrador introduce su perspectiva para realizar una significativa e irónica prolepsis que deja claro el halo idealizador del que se revestirá, *a posteriori*, esa etapa formativa. Chirbes anticipa así cómo, desde qué lugar y qué voces llevarán a cabo la relectura oficial de aquellos años. En el caso de dicha novela, esto toma forma a través de la posterior intervención en televisión de Gloria Giner, heredera directa de las altas esferas del régimen:

«Fueron tiempos de enorme vitalidad. Lo discutíamos todo y lo leíamos todo. Mezclábamos a Kafka con Freud y a Marx y a Hegel con Baudelaire, Miguel Hernández y Herman Hesse, y nos parecía que todo eran ladrillos de un edificio de rebeldía»: fue lo que dijo Gloria Giner cuando la entrevistaron para un programa televisivo acerca de la transición, más de veinticinco años después (1996: 221).

Para los derrotados bífidos, por el contrario, aquel pasado militante supone un turbio recuerdo que, en ocasiones, regresa adoptando «una forma espectral» (Traverso 2019: 53), como si de una pesadilla recurrente se tratara. Si, en su manifiesto, Marx y Engels presentaban el comunismo como un espectro *por venir* que se cernía sobre el continente como una promesa futura (2013: 49), la experiencia de las voces derrotadas sobre las que se construye *Los viejos amigos* recoge el fin del ciclo histórico abierto precisamente con aquel texto fundacional a través de la conversión de aquel espectro esperanzador en un fantasma pasado: un ente espectral ya «sin carne, sin realidad presente, sin efectividad, sin actualidad, [...] supuestamente pasado» (Derrida 1995: 52) que, sin embargo, regresa una y otra vez. Así aborda Rita, por ejemplo, esta profunda diferencia en el tratamiento de aquel pasado común:

[...] hoy en día del pasado, de ese tipo de pasado, sólo presumen los políticos: para el resto de la gente, haber estado en la cárcel hace tiempo que ha vuelto a ser sospechoso de algo: drogas, marginalidad, terrorismo. La gente calla esos pasajes de su historia. Ni siquiera vuelve la vista atrás para no tener que recordarlos y callarlos. [...] a quién le apetece recordarlo, que currículum se revaloriza con esos recuerdos (2003: 49).

La traición de la facción vencedora se relaciona, por tanto, con su capacidad de controlar el relato dominante y narrar el pasado. Esto queda patente en la exposición de las alevosas intenciones de Taboada a su antiguo camarada Lucio en *La caída de Madrid*. El abogado, que fue una suerte de cicerone en la militancia subversiva antifranquista para el joven obrero, termina protagonizando una traición en la que Chirbes cifra el destino de esos sesentayochistas de origen burgués que terminan retornando a su clase y controlando la capacidad de narrar la historia. Se lo explica así Taboada a Lucio, anticipando la traición central de la transición, que pasa por apropiarse del relato y convertir la experiencia de esos antiguos camaradas en «instrumento de la clase dominante» (Benjamin 2018: 309):

No sois nada, no seréis nada. Seguirá habiendo clase obrera mientras viva Franco y les sirváis [...] a esos intelectuales para hacerse un hueco. Luego, se disolverá la clase obrera. [...] Tu pasado me lo inventaré yo a la medida de mis necesidades. Tu lucha será una medalla que me pondré en mi solapa. Tu hambre, tus chuscos de pan, tus meses de cárcel [...] formarán parte de mi

biografía, porque esos años los escribiré yo, si sobrevivo y regreso a mi clase. Los escribirá gente como yo, y os los quitaremos, te los quitaré, y no podrás hacer nada contra eso. La historia es de los que saben que existe. [...] Tú y los de tu clase habéis trabajado para que yo tenga un pasado (2000: 155).

Personajes como Taboada representan asimismo a la clase intelectual que pacta con la élite proveniente de la dictadura, garantizando así una cierta continuidad en la sociedad posdictatorial. El capital cultural acumulado durante los años de formación y militancia de muchos sesentayochistas sirve posteriormente como moneda de cambio en ese acuerdo por el que se constituye la nueva élite democrática. Por ello, recorre las novelas de Chirbes una desconfianza hacia la cultura que se convierte en «una crítica del lenguaje entendido como herramienta de dominación» (Ruiz Casado 2015: 206). Atraviesa su novelística una dialéctica que opone verdad y mentira, relacionada con una diferenciación crucial: «Personajes de verdad, personajes de mentira, la teoría del lenguaje nominal de Benjamin. [...] Me gusta mucho, además, la exposición de las posibilidades en que ese lenguaje instrumental puede leerse perfectamente como lenguaje de clase, de dominación, algo que aparece en todas mis novelas» (Chirbes 2021: 331).

La clase intelectual sesentayochista que, durante la transición, deja en el camino a sus antiguos camaradas, traiciona también a otros sectores sociales. La traición intrageneracional abordada en este apartado adquiere también una extensión intergeneracional, histórica y de clase. En su proyecto, Chirbes plasma cómo la transición fue también una traición múltiple hacia el exilio republicano, la clase obrera en su conjunto y la promoción anterior.

Las traiciones hacia el exilio republicano, la clase obrera y la generación anterior

A través de la ya mencionada *La caída de Madrid*, Chirbes intentó plasmar alegóricamente los grandes pactos de la transición en los que cierta intelectualidad supuestamente progresista acordó con las élites franquistas las directrices que seguiría el proceso de tránsito hacia la democracia. Los Taboada, Juan Bartos o Ada Dutruel terminarán pactando, en una suerte de última cena franquista, con la familia Ricart, asegurando así la continuidad del *status quo* del régimen y traicionando a dos grupos sociales que quedan excluidos de esa alegórica celebración: «fuera del gran pacto de la transición se quedaron dos actores decisivos: [...] la clase obrera, y [...] el exilio, su obra, pero sobre todo su multiforme y agitada idea de España» (Chirbes 2010: 226)².

² Véase el estudio específico que dediqué a la exclusión de la clase obrera y el exilio en *La caída de Madrid*, del que se toman algunas de estas ideas (Díaz Ventas 2024).

Por una parte, Chirbes plasma la exclusión social de la tradición del exilio republicano a través del profesor Chacón, personaje inspirado en el Max Aub de *La gallina ciega* que deja constancia a su regreso de cómo, tras décadas de franquismo, se ha cumplido lo que nuestro autor llamó *El principio de Arquímedes*: el vacío que dejaron en su día los exiliados «había sido ocupado» y, en consecuencia, «ya no quedaba sitio para ellos» (2010: 220-221). Chacón, frente a ese panorama, decide encerrarse en su apartamento, rechazando participar en un proyecto público que expulsa la visión de los exiliados, y da un certero diagnóstico en el que se cifra la interpretación chirbesca de la traición hacia el exilio de esa promoción antifranquista criada, no obstante, bajo el amparo del régimen:

Yo creía que España se había paralizado a la espera de que volviéramos, que todo seguía igual, con un vacío en algún lugar que nosotros llenaríamos, pero no, no es así. España ha cambiado, ya no es nuestra, es de ellos. [...] Hay una juventud [...] que han formado ellos, que es parte de ellos aunque se les oponga. Son los anticuerpos que ellos mismos han creado para salvarse cuando enfermen de verdad, la vacuna para que el país siga siendo suyo. Esta España de ellos no me interesa para nada. Que se la queden y les aproveche (2000: 186).

Por otro lado, la traición hacia la clase obrera que desemboca en su desaparición y que recorre como *leitmotiv* la obra chirbesca se cifra en esta novela a partir de los destinos de los miembros de la célula caída de Vanguardia Revolucionaria: la tortura, la muerte a manos de las fuerzas represoras del régimen o la exclusión de la alegórica cena. En lo relativo al último caso, el cínico engaño de Taboada a Lucio adquiere un valor extensible al conjunto de los obreros, traicionados en ese banquete en el que sobre «la mesa unos pusieron el cadáver de la dictadura y los otros, el del trabajador al que decían representar» (Labrador Méndez 2015: 226). De esta manera, además de abordar la línea divisoria de clase que se encuentra en el germen de la fractura bífida, la traición se hace extensiva hacia el conjunto de una clase obrera que se desarticula política y discursivamente:

Seguramente, habría que remontarse siglo y medio en la historia de Occidente para descubrir una época en la que la voluntad de las clases trabajadoras tuviera menos peso en las decisiones políticas. Por no tener, las clases trabajadoras ni siquiera tienen nombre. [...] Los trabajadores han desaparecido como concepto. Se han disuelto como sujeto histórico y, por tanto, carecen de vocabulario, de gramática, de sintaxis; y, lógicamente, de cualquier atisbo de narración que les concierna (Chirbes 2010: 263).

Además de hacia el exilio y la clase obrera, la traición transicional se ejerció también hacia la promoción de los padres de los sesentayochistas. Esta es la tesis que sostiene el diáptico de *La buena letra* y *Los disparos del cazador*, donde las voces opuestas de Ana y Carlos —respectivamente derrotada republicana y empresario cercano al régimen que asciende durante el primer franquismo a través de una traición hacia su propia procedencia— denuncian la doblez de la generación de sus hijos, que propugna la desmemoria y condena al olvido esas dos versiones antagónicas del pasado. Lo resumía así el novelista en el prólogo a la edición conjunta de ambas *nouvelles*, enmarcando la traición sesentayochista hacia sus padres a través del pacto que le plantean al país «de cambiar pasado por futuro, [...] ideología por bienestar; es decir, un trueque de verdad por dinero» (2013: 8):

[...] quienes proponían esa transacción eran jóvenes que exhibían sus credenciales antifranquistas [...]. Muchos procedían del bando de los vencidos, y promovieron el pacto porque temían que la revisión del pasado pusiera en peligro el frágil soporte de poder en el que acababan de encaramarse [...]. Aunque buena parte de quienes habían ocupado la élite en el antifranquismo y en el aparato del nuevo Estado eran hijos de los vencedores, y, para ellos, hacer arqueología suponía sacar a la luz el ventajismo con el que habían alcanzado su posición, y dejar al descubierto el artificio que les permitía la continuidad en la cadena de riqueza y mando sin efectuar ni acto de contrición ni penitencia (2013: 8).

Estas dos narraciones suponen así contrarrelatos frente a las visiones de los hijos sesentayochistas que, en su apuesta por una riqueza desmemoriada, traicionan simultáneamente a vencedores y vencidos históricos. En *La buena letra*, Ana realiza su testimonio retrospectivo para explicarle a su hijo el valor de una casa que encarna la memoria material de los derrotados y que, sin embargo, él tilda de simple «solar» que propone derruir para «levantar en su lugar un edificio de viviendas» (1992: 134). Comienza con esta novela Chirbes a hilvanar especulación inmobiliaria y desmemoria en un hilo que recorre su narrativa hasta desembocar en ficciones como *Crematorio* y *En la orilla*.

Si la denuncia de la traición hacia la derrota republicana parece más obvia, *Los disparos del cazador* se centra en desnudar la doblez de aquellos herederos del régimen que reniegan de las prácticas de sus antecesores, pero, al mismo tiempo, se alimentan metafóricamente de su crimen originario y se sienten libres de toda responsabilidad hacia aquél pasado. Carlos Císcar, que ha visto cómo su otrora poderosa posición se ha diluido y su visión histórica ha pasado de ser una «memoria fuerte» a una «memoria débil» (Traverso 2007: 48), denuncia la hipocresía de su hijo y expone el hilo de continuidad entre las prácticas de la dictadura y las de la sociedad

democrática. De ese modo, Chirbes quiso ajustar cuentas con su promoción y mostrar cómo los hijos de los vencedores «*legitiman* su herencia renegando de ella» (2023a: 514).

La transición como Segunda Restauración borbónica

En diversas ocasiones, Chirbes insertó la traición de la transición en un panorama histórico de más amplio recorrido, como un nuevo jalón dentro de una sucesión pretérita de derrotas que demostraban que, como escribió Benjamin, «el enemigo no ha cesado nunca de vencer» (2018: 310). Siguiendo a su maestro Carlos Blanco Aguinaga (2007)³, Chirbes subrayó reiteradamente el paralelo histórico entre la transición y la Restauración borbónica del siglo XIX, lo que llevó a nuestro autor a tildar el tránsito hacia la democracia de «transición hacia la Segunda Restauración» (2010: 239).

Como historiador de formación, Chirbes observó un claro vínculo entre los procesos políticos que llevaron a cabo los liberales del siglo XIX y las traiciones de la facción victoriosa de su promoción. En esta línea, en su ensayística denunciaba, a colación del texto de Azaña «Tres generaciones del Ateneo» (1934: 73-140), la doblez de los principales actores de la transición por su deslealtad hacia sus antiguos principios traicionados: «A esta nueva generación que ocupó el poder a la muerte de Franco le ha ocurrido lo que Azaña⁴ [...] asegura que les ocurrió a los liberales del XIX: que hicieron la desamortización en nombre de unos principios de los que habían renegado, y, de ese modo, se condenaron al cinismo» (2010: 226). Ese mismo esquema, desde la perspectiva chirbesca, lo trasponía a la ficción Galdós en algunos de sus *Episodios nacionales*, en los que nuestro novelista observaba actitudes similares a las que, un siglo más tarde, reproduciría buena parte de su promoción dando continuidad a los patrones que, por ejemplo, observaba en *La revolución de julio*. Lo expone así en su prólogo a la cuarta serie galdosiana:

La generación que buscaba la verdad en el sentido comtiano, liberada del velo de la religión o de las ideologías, ha traicionado. Ahora busca enriquecerse y elabora teorías para envolver sus intereses: la palabra *progreso* suena como amargo sarcasmo en la pluma del viejo novelista cuando se refiere a un tiempo en el que la monarquía intriga contra la voluntad del pueblo, excluido de la política [...], con un guion que se repite monótona y trágicamente (2011: 22).

³ Para ahondar en el vínculo entre Blanco Aguinaga y Chirbes, remito al trabajo en el que estudio la relación entre ambos autores a partir de diversas muestras de su correspondencia (Díaz Ventas 2023).

⁴ En el texto de Azaña que tan iluminador fue para Chirbes, se desnuda esa hipocresía en fragmentos como el siguiente: «Los fundadores del Estado liberal formulan principios ante cuyas consecuencias retroceden; y a la inversa: se arrojan a tales actos de gobierno, cuya justificación reside en puntos de vista que en su original crudeza les horrorizan» (1934: 82).

Ese repetido guion del sistema social que excluye a la *multitud* marginada de las decisiones políticas supone, en la lectura crítica chirbesca, uno de los factores dominantes para ligar históricamente ambas restauraciones borbónicas. La alternancia entre socialdemócratas y conservadores en el posfranquismo supone entonces una burda prolongación del turnismo:

Bajo la apariencia del sufragio universal, España sigue guardando los resabios de la vieja restauración, la de Cánovas, o un poco más adelante, la de Cambó. La nueva restauración del 77 reproduce bastante fielmente el modelo de ese triángulo político: el sur, Cataluña, y el País Vasco dirigen la política de la nación desde el rompeolas de todas las bancas, que es Madrid. El caciquismo del sur se prolonga en el *Estado social* de los socialdemócratas, rocoso, inamovible; los nacionalismos se prolongan en sí mismos. El esquema de la restauración franco-juancarlista se corresponde y prolonga el de la alfonsino-canovista (2023a: 396).

Rafael Chirbes, desestabilizador: la coherencia crítica de un testigo

Antes de iniciar su carrera como novelista, Chirbes ya criticó ese esquema político. Durante la segunda mitad de la década de los setenta Chirbes fue un importante actor cultural que desempeñó una frenética actividad como articulista y crítico en diversas revistas políticas y (contra)culturales como *Ozono*, *La Calle*, o *Saida*. Recuperado y reunido en *Asentir o desestabilizar* (2023b), este corpus deja constancia de la impugnación de la transición que Chirbes realiza en directo, de manera sincrónica al desarrollo de los hechos.

En uno de aquellos textos, el joven Chirbes deja clara su postura ante la naciente democracia en vísperas de las elecciones de junio de 1977. Ya desde este periodo formativo apunta que, como escribiría años más tarde, la transición «no fue un pacto sino la aplicación de una nueva estrategia en esa guerra de dominio de los menos sobre los más, [...] donde si hubo poca crueldad fue porque, por entonces, los menos eran fuertes y débiles los más» (2002: 108). Desde esta perspectiva, desnuda esas elecciones como un espectáculo ilegítimo que sirve para garantizar la continuidad de las estructuras sociales del régimen. En ese proceso, no duda en señalar como responsables a los partidos supuestamente representantes de la traicionada clase obrera:

Cuando agoniza el carisma de la porra amanece el día del consenso. Quienes tienen el poder necesitan ese día, como el aire, borrar sus orígenes [...].

Para mantener su dominio inician un «doy para que me des», intentando perder en este cambio lo menos posible. Ofrecen dejar dormir la verdad a cambio de que la inmensa mayoría aceptemos como universales y eternas

las reglas de un juego que acaban de inventarse.

[...] El interlocutor, en este regateo, son las fuerzas políticas que —por explícito o tácito pacto— se arrogan la representación de los intereses del pueblo [...] (1977a: 40; 2023b: 181).

En otro de sus textos más significativos de este periodo, Chirbes denuncia los acuerdos sociales que se estaban imponiendo durante la transición democrática para establecer un relato hegemónico de consenso a través de una crítica a *El País*, periódico que se convertiría en la época en una especie de «intelectual colectivo» (Mainer & Juliá 2000: 212). En ese artículo, nuestro autor ridiculizaba la supuesta voluntad centrista de un diario al que incluía en la lista de elementos sagrados del nuevo santoral democrático surgidos presuntamente del «sereno *consensus* de un pueblo sereno» (1977b: 37; 2023b: 204): «uniendo a los partidos, el Pacto de la Moncloa; por encima, el Mayúsculo Innombrable; y más arriba, en la nevada cumbre, *El País*, rozando la síntesis hegeliana o la unidad de destino en lo universal, que diría Carlos Marx» (1977b: 36; 2023b: 202).

La dialéctica del centrismo y la moderación que buscaba acabar con las visiones críticas sobre la transición la impusieron muchos de los antiguos revolucionarios que, desde el ámbito cultural, llevaron a cabo la traición múltiple de la transición. En una crítica a *Miedo a volar*, de Erica Jong, Chirbes anticipa un futuro oscuro por la acción de esos mecanismos en favor del relato dominante que estaban acabando con los proyectos utópicos que, años antes, parecían cercanos y alcanzables:

la situación política, el miedo a volar de una sociedad que teme liberarse con todas sus consecuencias, parecen augurarnos algunos años de esta soledad sin salida. [...] los profesionales de la escoba se están encargando de borrar el camino que conduce al corazón del sistema, corazón que un día todos [...] veíamos con claridad (1977c: 12; 2023b: 187-188).

Ya desde sus primeros escritos, por tanto, el autor denuncia a *aquellos profesionales de la escoba* que terminarían protagonizando la traición de la transición, con el destacado papel de la cultura en este proceso que, de manera esclarecedora, aparece también en el artículo crítico con *El País*:

Iniciadores de diálogos marxistas, incluso, en algún caso, militantes, dejaron política por cultura, comprendiendo quizá, que es caduca y voluble la política y cósmica, y eterna, la cultura [...].

Nosotros queremos destacar [...] el triunfo de este equipo en su tarea de autoformación, como aplazadores *sine die* del juicio final y el acceso de la inmensa mayoría al lugar que detentan los menos. Hoy son ellos —nuevos

significantes, viejos significados— quienes, respaldados por el peso del poder y el saber [...], marcan el límite preciso entre el orden y el caos. Entre cultura y barbarie. Frente al zafio verdulerismo de la prensa obrera, frente al patético desmelene de los —mal que les pese asiáticos— fascistas, frente a los intereses, siempre dudosos, de los partidos, Kultura, tíos, Kultura, *au-dessus de la mêlée*. Pura y serena cultura, desinteresada objetividad frente a la desestabilización y el reinado de la noche [...] (1977b: 37; 2023b: 203-204).

Frente a aquel programa que propugnaba esa falaz moderación, en aquel contexto en el que «decir la verdad sobre la Transición era considerado desestabilizador de la democracia» y una supuesta «“verdad responsable” se convirtió en la única manera de afrontar lo ocurrido» (Morán 2015: 16, 123), Chirbes se reafirma a través de una oposición programática que podemos leer como una suerte de proclama moral y política que guiará su producción literaria posterior. Oponiéndose a ese generalizado asentimiento, nuestro autor opta por el disenso y asume su condición de desestabilizador desde el marco discursivo del relato dominante: «Escribo con el terror colgado de los dedos, porque escribir en España, hoy, es asentir o desestabilizar. Si la palabra no es moderada, no es serena, no es imparcial, es —dicen— desestabilizadora. Y mi palabra no quiere ser ni moderada, ni serena, ni imparcial» (1977b: 37; 2023b: 204).

Por tanto, desde su etapa formativa como articulista y crítico cultural en plena transición, Rafael Chirbes se compromete a ser un verdadero intelectual, siguiendo la definición de Max Aub a la que nuestro autor solía referirse: «un intelectual es una persona para quien los problemas políticos son problemas morales» (2015: 335). A lo largo de su trayectoria, Chirbes fue, en tal sentido, un intelectual coherente y autónomo, libre en sus juicios y posiciones, siempre consecuente con su visión crítica del proceso de transición democrática, siguiendo firmemente su anhelo de ser *testigo* de su tiempo histórico más que simple *síntoma*, para ahondar así en el que, a su juicio, era uno de los problemas nucleares de la sociedad posfranquista: «[...] son los artistas que se reclaman al margen de la historia quienes suelen acabar revelándose como síntomas claros de la dolencia de su tiempo. Entre ser síntoma y testigo, he intentado el papel de testigo» (2010: 33).

Bibliografía

- Aub, Max, *La gallina ciega. Diario español*, Madrid, Visor, 2015 [1971].
 Azaña, Manuel, «Tres generaciones del Ateneo», *La invención del Quijote y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934, pp. 73-140.
 Baby, Sophie, *El mito de la transición pacífica: violencia y política en España (1975-1982)*, Madrid, Akal, 2018.

- Benjamin, Walter, «Tesis sobre el concepto de historia (1940)», *Iluminaciones*, Madrid, Taurus, 2018, pp. 307-318.
- Blanco Aguinaga, Carlos, *De Restauración a Restauración. Ensayos sobre Literatura, Historia e Ideología*, Sevilla, Renacimiento, 2007.
- Chirbes, Rafael, «Tomar una papeleta al azar con amargura», *Ozono*, 21, 1977a, pp. 40-41.
- . «*El País*. La discreta tendenciosidad del centro», *Ozono*, 26, 1977b, pp. 36-37.
- . «Testimonio de americanos y profecía casi testimonial para españoles. *Miedo a volar. Erica Jong*», *Reseña de literatura, arte y espectáculos*, 106, 1977c, pp. 10-12.
- . *En la lucha final*, Barcelona, Anagrama, 1991.
- . *La buena letra*, Barcelona, Anagrama, 1992.
- . *La larga marcha*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- . *La caída de Madrid*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- . *El novelista perplejo*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- . *Los viejos amigos*, Barcelona, Anagrama, 2003.
- . *Por cuenta propia. Leer y escribir*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- . «Prólogo», en Pérez Galdós, Benito, *Episodios nacionales. Cuarta serie*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2011, pp. 9-28.
- . *Pecados originales*, Barcelona, Anagrama, 2013.
- . *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*, Barcelona, Anagrama, 2021.
- . *Diarios. A ratos perdidos 3 y 4*, Barcelona, Anagrama, 2022.
- . *Diarios. A ratos perdidos 5 y 6*, Barcelona, Anagrama, 2023a.
- . *Asentir o desestabilizar. Crónica contracultural de la Transición*, ed. Álvaro Díaz Ventas, Madrid, Altamarea, 2023b.
- Derrida, Jacques, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo de duelo y la nueva internacional*, Madrid, Trotta, 1995.
- Díaz Ventas, Álvaro, «La relación entre Carlos Blanco Aguinaga y Rafael Chirbes a través de su correspondencia», *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*, coords. José Teruel & Santiago López-Ríos, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2023, pp. 361-382.
- . «Los excluidos del pacto simbólico de la transición en *La caída de Madrid*, de Rafael Chirbes», en El caso padilla (Pavel Giroud, 2022) / *La caída de Madrid (Rafael Chirbes, 2000)*. Capes/Agrégation 2025, eds. Bénédicte Brémard & Catherine Orsini-Saillet, Dijon, Orbis Tertius, 2024, pp. 141-168.
- Haro Tecglen, Eduardo, «La generación bífida», *El País*, 27 de noviembre de 1988. Disponible en: https://elpais.com/diario/1988/11/27/opinion/596588409_850215.html (consultado 12.II.2024).

- Labrador Méndez, Germán, «*En la orilla* de Rafael Chirbes: proteínas y memoria», *Turia. Revista cultural*, 112, 2015, pp. 225-234.
- . *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultural en la transición (1968-1986)*, Madrid, Akal, 2017.
- Llamas Martínez, Jacobo, «*En la lucha final*, la artificiosa y fallida novela de Rafael Chirbes», *Estudios Románicos*, 30, 2021, pp. 303-313.
- Mainer, José Carlos y Juliá, Santos, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza, 2000.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2013.
- Molinero, Carme y Ysàs, Pere, *La Transición. Historia y relatos*, Madrid, Siglo XXI, 2018.
- Morán, Gregorio, *El precio de la Transición*, Madrid, Akal, 2015 [1991].
- . «El lento suicidio de Rafael Chirbes», *La Vanguardia*, 4 de septiembre de 2015. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/20150905/54436263658/el-lento-suicidio-de-rafael-chirbes-gregorio-moran.html> (consultado el 9.II.2024).
- Nichols, William J., «Sifting through the Ashes. An Interview with Rafael Chirbes», *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 12, 2008, pp. 219-235.
- Ruiz Casado, Juan Manuel, «El fracaso de la cultura en las novelas de Rafael Chirbes», *Turia. Revista cultural*, 112, 2015, pp. 201-207.
- Traverso, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007.
- . *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.
- Virno, Paolo, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 20.

